

MIRANDO AL PASADO: LAS DESPOBLACIONES

Por José Luis Alemán, S.J.

PRESENTACION DEL LIBRO DE FRANK PEÑA

La sorprendente decisión del Profesor Frank Peña de que yo, que soy mero consumidor de libros históricos y no historiador, presente en esta tarde su obra "Antonio Osorio: Monopolio, Contrabando y Despoblación", premio nacional de historia Alonzo Zuazo 1978, me honra pero a la vez los priva a ustedes de toda posibilidad de escuchar un juicio crítico sobre el tema sustantivo de esta investigación.

Descalificado, por incompetencia, para enjuiciar la obra de Frank Peña, quiero compartir con ustedes algunos sentimientos que ha levantado en mí la lectura de su libro en lo que respecta a la personalidad misma de su autor, a su método de trabajo y a las ventanas que entreabre a la imaginación de un economista.

1. El Autor

Cuando un autor no solamente es libre para investigar el tema que desee y como lo prefiera, la elección de tema y método dice mucho sobre su personalidad.

Frank Peña, ante todo, decidió investigar, hazaña ya de por sí no pequeña. Pero además escogió un tema de innegable importancia nacional, las despoblaciones, a las que normalmente se atribuye un papel causal en la división de La Española en dos naciones y en el origen de su pobreza multiseular de índole polémica, y donde un individuo, don Antonio Osorio, ha sido presentado como el villano de la historia dominicana.

No creo exagerado afirmar que estas características del objeto de investigación retratan de cuerpo entero a su autor. Interés nacional, espíritu polémico y compasión por la persona humana agraviada me parecen ser, en efecto, rasgos bien propios de la personalidad de *Frank Peña*: ama la polémica y las causas grandes y se resiste a

interpretaciones fáciles donde un simple ser humano hace el papel de víctima o, en este caso, de verdugo.

Innegablemente hay una dualidad de enfoques entre la interpretación histórica que hace reposar el peso de la responsabilidad en constelaciones de fuerzas macrosociales, sean de tipo económico, político o religioso, y la que lo coloca sobre los hombros del individuo.

En teoría Frank Peña parte “de la hipótesis de que las despoblaciones más que una decisión individual, fueron la consecuencia de un conjunto muy complejo de causas de índole económica, política y religiosa, entre otras”. Sin embargo, dada la interpretación más personal sobre las despoblaciones francamente dominante en la historiografía dominicana, el profesor Peña investiga de hecho mucho más amplia y concienzudamente el papel jugado por Osorio al ejecutar las reales órdenes.

En principio no existe, a no ser que partamos de la para mí inaceptable hipótesis de que la responsabilidad individual es nula en la historia, ninguna contracción entre la hipótesis complexiva y la individualizante: siempre, por muy predeterminada que aparezca la situación por fuerza sociales, el individuo tendrá que tomar muchas decisiones personales no previsibles a la luz de las circunstancias.

Una de las paradojas de la investigación que hoy presento es que su autor, defensor decidido de la responsabilidad macrosocial en la historia, no puede librarse del deseo de reivindicar la persona misma de Osorio. El podrá alegar que el predominio en la historiografía dominicana de la tendencia personalista lo obliga a este estudio de la persona y de las actuaciones de Osorio. No niego veracidad a esta defensa, pero prefiero interpretar esta divergencia entre teoría y práctica, como indicador de la personalidad del autor: Frank Peña, por más convencido que esté del papel dominante de las fuerzas sociales anónimas en la configuración de la historia, aprecia demasiado la dignidad de la persona y no puede desligarse de su profundo respeto a la persona individual.

2. Método de trabajo

Los capítulos II a IV tratan sobre los antecedentes religiosos, económicos y políticos de las despoblaciones y sobre la situación de la isla entre 1570 y 1590. En estos capítulos el autor trata de demostrar la existencia de los principales determinantes sociales de

las despoblaciones. No hay duda de que la identificación de estas variables macrosociales es acertada y suficiente.

La manera de realizar esta parte de la investigación tiene sus defectos y sus méritos. El defecto más palpable es la reducción de la investigación a fuentes secundarias y la falta de una teoría social sólidamente justificada. *Quien pretende elevar a la categoría de determinante principal a las fuerzas sociales debería ofrecer una interpretación de las interrelaciones mutuas de las mismas basadas en hechos.* Reconozco, con todo, que la elaboración del marco social no tiene por qué aparecer explícitamente en una investigación histórica, pero quizás debería dejarse percibir más claramente.

El mérito principal de tratamiento dado por Frank Peña a estos capítulos es la renuncia a esquemas casi catequéticos tales como “modos de producción”, “relaciones de dominación imperialista” y otros semejantes, que a base de ser aplicados mecanicísticamente han perdido mucho de su brillante originalidad y son aplicados dogmáticamente sin una seria elucidación de los hechos y del probablemente alto valor explicativo que encierran. Bien sé que el profesor Frank Peña conoce de sobra no sólo la terminología, sino también la fundamentación teórica de estos esquemas sobresimplificados de construcción sociológica. Pero creo, también, que él mismo entrevé que las relaciones son de carácter más complejo y menos causal de lo que generalmente es aceptado. Ahora ese es su problema y no el mío. El mío es agradecerle que nos haya librado de una interpretación aburriente y generalmente aburrante de los determinantes sociales de la historia.

La segunda parte de la investigación es una exposición cabal de las fuentes históricas primarias que nos hablan del drama de las despoblaciones. Esta segunda parte me parece mucho más sólida y, por supuesto, más interesante que la primera. Desgraciadamente mi incompetencia me impide ir más allá de una exposición impresionista de los principales hallazgos de la obra. Mientras alguien no me muestre textos contrarios creo que Frank Peña ha probado que la pobreza de la isla es anterior a las despoblaciones, que la idea de las despoblaciones es de Baltazar López de Castro y ciertamente no de Osorio, que éste en cambio fue, como buen soldado que era, cumplidor decidido de órdenes sin eludirlas por las muy reales dificultades que implicaban la oposición de la Audiencia y la muerte del Arzobispo Dávila, lo que hubiera hecho justificable una notable dilación de las despoblaciones a base de eternas consultas con la corona, que la determinación de las despoblaciones fue una medida largamente estudiada y tomada por el Rey Felipe III, y que los

ciudadanos notables de Santo Domingo no sólo la favorecían sino la combatían. Osorio, resumidamente, aparece como un funcionario leal, eficiente, capaz de tomar decisiones secundarias no contempladas por las reales órdenes (como la despoblación de Montecristi y de San Juan de la Maguana) pero probablemente necesarias para lograr los objetivos que buscaba la Corona, y relativamente magnánimo. En buena parte de la obra de Frank Peña sí logra descargar a Osorio de la carga de las despoblaciones en lo sustancial para pasársela al Rey de España.

Esto nos lleva a entreabrir las ventanas de la imaginación económica a *posteriori*, lo que siempre resulta más fácil, en las posibles medidas de política económica que hubieran podido salvaguardar el dominio de la Corona española sobre toda la isla y evitar las despoblaciones.

3. *Imaginación económica*

De la riqueza de datos económicos ofrecidos en la obra de Frank Peña voy a ocuparme de dos variables, como decimos los economistas, empeñados siempre en evitar que otras profesiones puedan arrebatarnos terreno ganado fatigosamente, que hubieran podido servir a Su Majestad Católica Felipe III para obviar las despoblaciones. Estas dos variables son: la intensidad extrema del contrabando y la naturaleza del mismo: pago en trueque de mercancías y no en dinero.

3.1 La intensidad del contrabando, tal como aparece en la obra de Frank Peña era tal, con frecuencia tenemos verdaderas escuadras de docenas de barcos, que si se seguía permitiendo en poblaciones carentes de toda defensa militar sería, hubiera terminado muy pronto con la virtual ocupación del occidente por los holandeses. Sencillamente ya para 1600 las regiones que habrán de ser pronto devastadas sólo nominalmente eran españolas. Probablemente estoy hasta subvaluando el influjo de Holanda. Dado el hecho de que los habitantes ricos de la misma ciudad de Santo Domingo eran los principales beneficiados de este comercio, se podría afirmar que no sólo el occidente de La Hispaniola sino toda la Isla acabaría por ser holandesa.

Es este un punto que hay que tener en cuenta cuando se juzga la decisión real: España, impotente para ofrecer no sólo mercancías sino defensa naval y terrestre a la Española, probablemente no tenía más alternativa económica que declarar a Santo Domingo puerto libre, como habían hecho con Las Canarias, y tratar de defender

solamente esa ciudad. Pero, obviamente, esta alternativa es imaginaria: no sólo razones económicas, los intereses de los mercaderes de Sevilla y los fiscales de la Corona se opondrían a ella (nunca he creído gran cosa en esta oposición: se trataba realmente de intereses mínimos), sino sobre todo razones de orden económico-político eran de mayor peso. Sentado el precedente de un puerto libre en La Española ¿quién y cómo hubiera podido detener la presión de otros virreinos y capitanías generales reclamando para sí el mismo deseado privilegio? Sencillamente, con las ideas económicas de la época, el imperio conquistado tan arduamente por Castilla y León se hubiera derrumbado con la concesión de un puerto libre a Santo Domingo. En este sentido las despoblaciones, vistas desde la única óptica realmente existente —la del interés de España— aconsejaba decididamente las despoblaciones.

3.2 El contrabando se hacía bajo la forma sofisticada de trueque de mercancías, no de pago en dinero. En La Española faltaba circulante. Por lo menos en la de aquellos días. De hecho muchos de los “arbitristas” de Santo Domingo veían en la inyección de dinero la única salida realista para la pobreza del país.

En aquellos aciagos tiempos, sin embargo, donde todavía el Banco de Inglaterra no había inventado los billetes, el flujo de dinero metálico dependía o de la producción del mismo en las minas o del intercambio comercial y crediticio, la balanza de pagos, de las actividades económicas internacionales. Esta última era claramente imposible: España apenas podía enviar uno o dos navíos al año a su colonia primogénita. La única posibilidad realista era la explotación de oro en las minas dominicanas. El problema era la falta de mano de obra esclava para ese trabajo. Lo usual ciertamente no era humano.

Y sin embargo era precisamente aquí donde radicaba, es una impetuosa hipótesis, la única manera de salvaguardar la soberanía española y evitar las despoblaciones. Había necesidad de convertir a La Española en un centro de tal interés económico para la metrópolis, y ese interés se basaba aún en la producción de oro y plata, que la situación relativa de la Isla frente a México y Perú volviese a desplazarse en favor de La Española. Hacia aquí hubiesen navegado entonces las flotas y no hacia el continente vía La Habana.

Cabe preguntarse, sin embargo, si la dotación de recursos mineros de Santo Domingo era mejor que la de los dos San Luis, el de Zapatecas y el de Potosí. Es probable que así fuese. Pero es seguro que nadie pensó seriamente en esa posibilidad en el siglo XVI. Y como, además, ya en México y Perú había mercados apreciables y

ciertamente intereses asentados nadie se iba a poner a darle vueltas en la cabeza a tan peregrina posibilidad.

En este caso, o sea si era impensable volver a explotar más oro y plata a La Española que en México y Perú, las despoblaciones eran para España inevitables lógicamente.

En última instancia, no nos olvidemos, el “bien común” del que España no podía dejar de desentenderse no era el de La Española, sino el de España Imperio. Y este bien común exigía las despoblaciones o la virtual ocupación de La Española por Holanda. Naturalmente era preferible optar por las despoblaciones.

Termino mi jornada imaginativa económica con una muy arriesgada opinión: *“En el marco vigente hacia 1603 las despoblaciones no fueron causa de la división política de la Isla, más bien fueron un retardo a lo que tarde o temprano pasaría: llenar el vacío de poder dejado por España en una de sus menos importantes, aunque más gloriosas colonias: La Española”*.

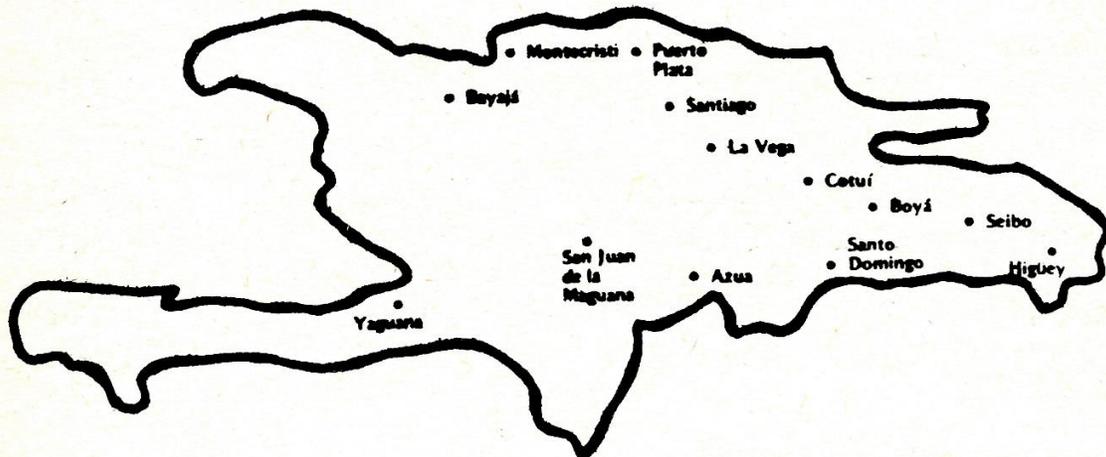
A usted profesor Frank Peña, hombre inquieto por los grandes problemas nacionales, amante de la polémica pero más que nada respetuoso del débil, mis más sinceras felicitaciones por su investigación. Todos los que aquí estamos presentes sabemos que la calidad de una universidad hay que medirla por la intensa investigación bibliográfica hecha con espíritu libre y crítico para adaptar lo que nos conviene en repetidores y por la creación, en la medida de nuestras posibilidades, más anchas de lo que se piensa —el espíritu humano se alza sobre las condiciones materiales— a través de la investigación. Usted *bene meritus est* de la sociedad dominicana por su investigación.

MORALEJA

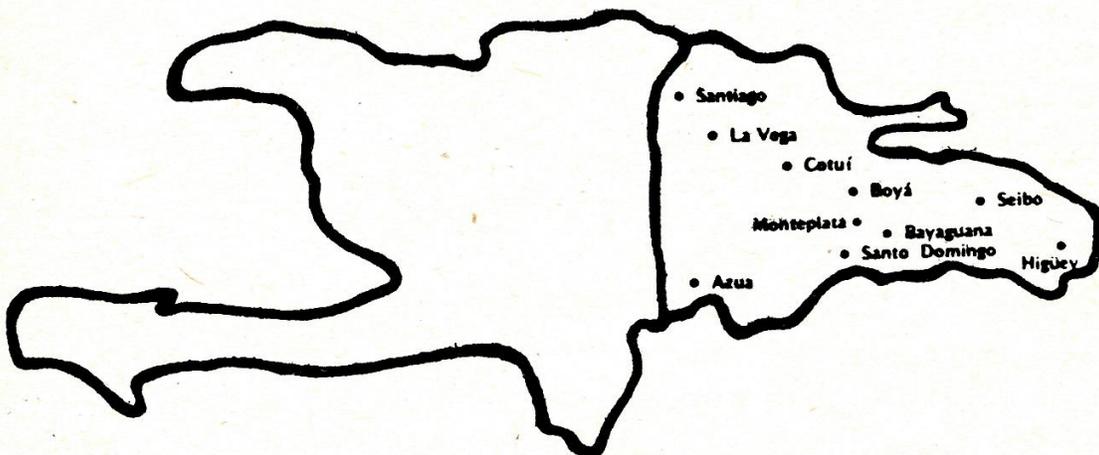
De mis palabras de presentación de la obra de Frank Peña se desprende una doble moraleja: la forma de comportamiento de las potencias mundiales obedece generalmente a sus propios intereses (en lo cual, dicho sea de paso, tampoco somos una excepción: para rato venderíamos a ningún país nuestro azúcar, nuestro oro o lo que sea a precios inferiores a los del “mercado”); la única manera de ser interesantes es serlo. O sea, disponer de algo que sea estimado como valioso.

Para la política económica esta moraleja encierra una conclusión:

Todo país tiene que dedicar recursos, humanos y financieros, a promover lo que realmente puede interesar a otro país. Lo mismo podemos decir de las regiones. Ayuda externa pura y simple, puede ser recibida de vez en cuando por países o por regiones, especialmente cuando son azotadas por catástrofes naturales, pero ni esta ayuda es constante, ni es confiable, ni es factible. La verdadera ayuda es la que uno se hace a sí mismo, como persona, como región, como país al hacerse francamente interesante para los demás.



**PUEBLOS EXISTENTES
ANTES DE LAS DESPOBLACIONES**



**PUEBLOS EXISTENTES
DESPUES DE LAS DESPOBLACIONES**

**EXPORTACIONES REGISTRADAS A SEVILLA 1587—1596,
1603—1607 VOLUMEN FISICO)**

Año	Cueros (un.)	Azúcar (arrobas)	Jengibre (qq)
1587	23,978	7,632	22,000
1589	16,319	10,350	2,560
1593	8,126	810	347
1594	3,277	2,100	2,175
1596		5,000	3,418
—			
1603	22,827	13,451	8,507
1604	24,941	6,961	8,532
1605	21,902	8,438	15,349
1606	25,157	10,000	12,339
1607	35,328	4,220	15,410

Fuente: 1587-1596: R. Cassá: Historia Social y Económica de la R.D.I.

1603-1607: F. Peña: Antonio Osorio, p. 180.